

Turkana. Todas las vidas tienen valor

Esa mañana el lago estaba un poco embravecido por el viento.

Turk disfrutaba de la vista del lago al amanecer, que mostraba una tonalidad ligeramente verde. Era un lago en una enorme grieta de la tierra, situado en lo que se llamaría norte de Kenia muchos años después.

Padre le señaló una oquedad cercana. Se pusieron a excavar con piedras planas para buscar agua rica de beber, pues la del lago estaba ligeramente salada.

Turk tenía nueve años. Mostró una amplia sonrisa cuando del suelo brotó un hilo de agua, que le resultó deliciosa. Su cara era aplanada, con dientes pequeños que mostraban manchas blancas en los incisivos. Muchos años más tarde se diría que era por fluorosis dental, de ingerir agua del lago.

El resto de la familia, y también de la tribu, permanecía no muy lejos de la orilla del lago.

Turk bajó corriendo para darles la buena noticia del hallazgo de la fuente de agua.

La sonrisa se le quebró.

No podía ser.

Un demonio maligno quería devorar a su hermano pequeño, que se había acercado peligrosamente a la orilla.

Gritó. Agarraron a su hermano y tiraron de él con fuerza. El demonio le llegó a morder un brazo. Salió líquido rojo a borbotones. Su hermano gritó de dolor. Se puso pálido. Los ojos perdieron brillo.

Turk también fallecería unas lunas más tarde.

Tres millones de años después ... A los huesos de Turk le pondrían una etiqueta con la denominación de *Kenyanthropus platyops*.

...

Aquella mañana el lago tenía muchas olas. El dios del viento soplaba con fuerza. El desierto y sus dunas parecían querer devorar la marisma cercana al lago verde. Éste se llamaría Turkana mucho tiempo después.

Ergast era un muchacho de nueve años, que se disponía a beber del rico manantial que habían localizado su padre y él el día anterior a la gran luna de esa noche. Habían tapado el manantial con una gran piedra plana.

De pronto, de la duna surgieron muchas personas, todos varones, que tenían poco pelo en el cuerpo. Portaban palos y piedras. A Ergast ni se le ocurrió que podían ser una amenaza, pues nunca su tribu se había enfrentado a nadie con violencia. Estas personas bajaban gruñendo y gritando. Sin embargo, Ergast echó a correr, tropezó con un hueso como de piedra (¿) del suelo, y cayó en una pequeña cueva. Desde allí pudo ver cómo estos desconocidos empujaban y apaleaban a miembros de su tribu. Podía oír los gritos y llantos. Se llevaron a las mujeres y a las niñas. A los varones los arrojaron al agua para que fueran devorados por los monstruos, que muchos años después se llamarían cocodrilos. Tropezar con ese hueso le había salvado la vida.

Pasó un día de terror. Ergast no quería moverse, sólo podía llorar. No entendía nada de lo que estaba pasando. Por fin, el hambre le hizo caminar. Encontró una tribu amiga. Unas lunas después cayó en una zona de arenas movedizas, en la marisma, de la que no pudo salir. Le sacarían quince mil años más tarde.

...

Gonzalo había ido a Kenia con Arquitectos sin Fronteras. Esos días había recorrido algunos lugares de Lokitaung, Había visitado la antigua prisión colonial británica. Se llega desde Lodwar, que está a pocos kilómetros al noreste del lago Turkana, pasando por el cruce de Gold, cerca de Lokichoggio. El paisaje es rocoso y montañoso. Desde allí visitó la escuela de Milimatatu, el pozo y el dispensario de **salud** instalado por la Fundación Pablo Horstmann en aquel territorio. Turkana era una región rural, de recursos muy limitados, muy aislada del resto de Kenia. Los turkana son nómadas y viven del pastoreo de cabras y camellos.

En Turkana hay esperanza y asistencia sanitaria. Esos días Gonzalo conoció a los de Campañas de Cirugía en Turkana, que desarrollan anualmente una actividad quirúrgica muy compleja en poco tiempo.

Recordó su primera visita África, siendo estudiante de Arquitectura, a Bebedja (El Chad), donde había un hospital, hermanado con el **Hospital Universitario de Fuenlabrada**, Madrid. Su hermana, matrona del proyecto de EnganCHADos, le convenció para ir de voluntario. Ayudó, y aprendió mucho del práctico diseño del edificio del hospital, de las escuelas cercanas, de los pozos de agua. De alguna manera, esta aventura cambió su vida, afianzó sus valores de cuidado de

poblaciones vulnerables, aunque estuvieran al otro lado del mundo donde él estudiaba. Cada vida humana es única, todas merecen atención.

El arquitecto permaneció un tiempo leyendo un libro a la sombra de una acacia, cercana a tres mañatas, esas chozas “portátiles” de una familia de turkanas. Aquel territorio era la “cuna de la humanidad” y parecía estancada en el tiempo, en el mesolítico.

Gonzalo extendió la mano izquierda, plana, delante de la cara, para tapar el sol, que le molestaba, aunque llevase sus gafas de sol y su gorra. Como si fuera en una máquina del tiempo, también podía ver a lo lejos algunos de los “molinos” o aerogeneradores instalados para producir electricidad con los vientos que soplaban alrededor del lago.

Gonzalo pertenecía a arquitectos sin fronteras. Su misión era hacer estable un pozo, financiado por Manos Unidas, cercano al dispensario maternoinfantil. Habían instalado un depósito, no lejos de un montículo de areniscas.

Quiso acercarse a la orilla del lago. Sabía que no era buena idea. Le habían dicho que esos días los cocodrilos estaban especialmente agresivos. Sonrió para espantar sus miedos.

La sonrisa se le quebró.

No podía ser.

En muy poco tiempo, un cocodrilo salió del agua y se dirigía a él. Empezó a correr, se tropezó y cayó. Su mano topó con un saliente entre las piedras. Lo extrajo del suelo arenoso a tiempo para lanzarlo entre las fauces del cocodrilo, que se clavó las astillas al fracturarlo. Resultaba ser un fémur fosilizado de un homínido, que luego llamarían Ergast, de hacía unos quince mil años. Todas las vidas tienen valor y pueden ayudar a otros, incluso miles de años después.